

Sergi Pàmies



## Morir en fascículos

Contar tu vida a través de los momentos en los que estuviste a punto de morir. Es una idea tan simple como brillante. Considerada como uno de los grandes temas del catálogo de tótemes de la literatura universal de ayer, de hoy y de siempre, la muerte ha sido generosamente explotada. Tanto, que hay que celebrar que alguien sepa sacarle un partido personal y, al mismo tiempo, fácil de compartir. En el libro *Sigo aquí* (Libros del Asteroide), la irlandesa Maggie O'Farrell ordena el recuerdo consciente e inconsciente de la muerte como los mojones de una carretera (de una carretera con accidentes, se entiende). Por acumulación, las etapas de este viaje autobiográfico presentan a la protagonista como una persona vocacionalmente temeraria, impermeable a las supersticiones convencionales de supervivencia ("A veces la única manera de avanzar, de superar algo, es tomárselo a la ligera", escribe).

El estilo es directo, diáfano, afilado de modo que pueda transmitir el tipo de impactos que no pueden ser interpretados sino simplemente interiorizados. Hay tanta verdad en cada historia que el lector se permite sospechar de la responsabilidad de la narradora, hasta que se da cuenta que juzgarla equivaldría a juzgarse a sí mismo y perderse buena parte del sentido de la experiencia lectora. El sufrimiento, creciente, se explica en todos sus estados. Sólido, en los huesos. Líquido, en la sangre. Gaseoso, en la asfixia. Emocional, en el miedo. Espiritual, en la culpa. Cada parte del cuerpo justifica el título de un capítulo en el que, por enfermedad, violencia o estupidez, la muerte acecha, siempre disfrazada de incierta y monstruosa alevosía.

La obstinada franqueza del relato plantea las contradicciones más íntimas entre riesgo, libertad, prudencia, renuncia, fragilidad y vulnerabilidad. Hasta qué punto vivir debe incluir

### La franqueza del relato plantea las contradicciones más íntimas entre riesgo, libertad y prudencia

la posibilidad de equivocarse y qué precio estamos dispuestos a pagar por nuestras temeridades. Hablar de la muerte equivale, pues, a hablar del riesgo entendido como frontera a evitar o, según cómo seas, a superar para dar más sustancia y sentido a la vida (sobre el riesgo, recuerdo una frase del gran Benny Hill: "El riesgo de que haya una bomba en un avión es de uno entre un millón. El riesgo de que haya dos bombas en una avión es de uno entre mil millones. La próxima vez que cojáis un avión, ¡disminuid el riesgo y llevad vuestra propia bomba!").

Y cuando parece que el libro se inclina hacia un desenlace algo reiterativo, que debería condenar a O'Farrell a compendio inverosímil de demasiadas frivolidades, aparece el memorable capítulo final. Un capítulo conclusivo, incontestable, en el que se explica la tristeza y el estrés de los peligros potenciales de la muerte de un modo inteligente, adulto y aterrador. Cuando las estrategias contra la inminencia de la muerte ya no pasan por ti sino que se multiplican, propulsadas por la impotencia, a través de sus hijos.